

TRADUCCIONES

AL-MUQTABIS DE IBN ḤAYYĀN

*Cronología de los años del califato del Emir ʿAbd Allāh
según como se han sucedido*

El resto del año 275 de la Hégira

BEN ḤAFṢŪN

Dijo ʿĪsā ibn Aḥmad Al-Rāzi: El nudo más complicado y el problema de mayor gravedad que preocupaban al Emir ʿAbd Allāh en el desarrollo de su política desde su exaltación al trono, era la hostilidad del astuto Ibn Ḥafṣūn, el caudillo que mayor perjuicio ocasionaba a los súbditos del califa. Empezó engañando a éste y simulándole amistad, buenas intenciones y sumisión. Envióle a Ibrāhīm ben Jamir como emisario suyo para prestarle el juramento de fidelidad, acompañado de su hijo Ḥafṣ b. ʿUmar, y de una comitiva compuesta de los más notables de sus hombres. El Emir ʿAbd Allāh acogió con grandes honras dicha embajada y destinó para su hospedaje sus más suntuosas mansiones. Obsequió a los emisarios de acuerdo a sus respectivas jerarquías, lo mismo que al hijo de Ibn Ḥafṣūn, a quien halagó con regios presentes y esmerada atención, y nombró a ʿUmar b. Ḥafṣūn gobernador de de Reiyo — antes Regio — designando como colaborador suyo inmediato a ʿAbd Al-Wahhāb b. ʿAbd Al-Raūf, que no era en realidad sino un representante secreto del Emir. Demostró Ibn Ḥafṣūn simulada conformidad y permaneció varios meses sumiso, ejecutando las órdenes del Emir ʿAbd Allāh y disimulando sus ideas y sentimientos verdaderos. Este estado de cosas duró poco, pues de pronto volvió a retomar el camino de la insurrección, violando su palabra y quitándose la máscara que cubría su rostro.

Su mano se hizo sentir en todas partes; empezó a apropiarse de los bienes y hacienda de todos los habitantes, y principalmente de los que

sospechaba desleales, a quienes hacía víctimas de un saqueo sin cuartel. Y sin pérdida de tiempo se apresuró a atacar al gobierno central efectuando sus «razzias», devastando las comarcas y asaltando los caminos. Sus hostilidades alcanzaron la región de Regio y las de los pueblos vecinos, haciendo estallar el fuego de la rebelión en todas partes. Confió al jefe de su ejército, Ḥafṣ b. el-Moro, el maldito y conocido rebelde, la conducción de su caballería a la zona de Écija y Osuna, y a los lugares cercanos de Córdoba.

Los daños que los pobladores y el tráfico sufrieron por los ataques de éste promovieron una protesta unánime, que fué elevada al Emir 'Abd Allāh, quien, sin pérdida de tiempo, envió contra el maldito Ben Ḥafṣ al qaid 'Abd Al-Malik b. Maslama Al-Ba'î con un ejército numeroso para proteger a los habitantes y garantizar la paz en su territorio.

Enfrentados los dos ejércitos en un lugar de Isti'ya (Écija) que limitaba con Ušūna (Osuna) se trabaron en difícil y encarnizada batalla. El qaid 'Abd al-Malik b. Maslama murió en el campo de lucha y su ejército fué derrotado.

Este triunfo que vino a aumentar el prestigio y el predominio de Ben Ḥafṣūn, dió alas a su ambición de destruir el gobierno musulmán, manifestando abiertamente su pérfida intención. Para lo cual empezó por echar de su cargo a 'Abd al-Wahhab b. 'Abd Al-Ra'îf, el gobernador del Emir en Reio (Málaga), tomando esta comarca bajo su administración personal y extendiendo su poder a todas las fortalezas que en ella había, reduciéndolas una por una.

Cundió la agitación entre las gentes de la zona y se dispusieron a un levantamiento general. A esta altura de los acontecimientos, el descontento iba agravándose cada día más entre los árabes, los muladíes y los cristianos, aguijonada cada parte por su celo racial y religioso. Ya se perfilaba en ese entonces y con claridad el reagrupamiento de cada partido y su adhesión a la causa que defendía. Retornaron a la época Yahili, época de guerras internas con derramamiento de sangre y violencias sin medida.

La población pacífica se alió con los muladíes, y a ellos se sumaron los cristianos, volviéndose todos en contra de los árabes, obedeciendo a las órdenes de 'Umar b. Ḥafṣūn, jefe supremo de esa causa. A raíz de la insurrección de Ibn Ḥafṣūn, Andalucía se convirtió en una sola llama, con excepción de las fronteras cuyos habitantes rehusaron plegarse a los rebeldes, permaneciendo leales mucho tiempo al poder central.

Durante este período de agitación 'Ubayd Allāh b. Muḥammad b. al-Gumar b. Abū 'Abdah, gobernador de Jaén marchó contra Sa'îd b.

*Abd Allāh b. Janŷar, que a la sazón era adversario del califa y se había atrincherado en la fortaleza de Ŷariša (provincia de Jaén) desde donde hacía sus incursiones contra los pobladores. Le sitió respaldado por fuerzas del gobierno central, y cuando le iba estrechando el cerco y estaba a punto de reducirlo, recibió una orden del Emir ‘Abd Allāh de retirarse del lugar y dirigirse a la ciudadela de Arŷūna (Arjona), de mayor importancia estratégica. Simultáneamente le envió el Emir refuerzos a fin de que fortificara dicha ciudadela y el fuerte de Andūšar (Andújar?), próximo a ella. La orden real señalaba la urgencia de ampliar la fortificación de estos dos bastiones y de reunir a los campesinos en sus guarniciones.

Cuando abandonó Ibn Abū ‘Abdah el sitio vió en ello Ibn Janŷar una señal de debilidad, y resolvió salirle al encuentro. Reunió fuerzas de los Baraŷila y de los Asnad, al mando de sus jefes: Nābil y Al-Šamis, acudiendo en su ayuda ben Bartil del lado de Todmir con sus huestes. Todas estas fuerzas salieron a cortar el paso a ‘Ubayd Allāh b. Abū ‘Abdah, en el cerro ‘Afr Lahlis¹. Acompañaban a éste los mejores jinetes de Hatrutat, entre los cuales se hallaban los célebres Muḥammad b. Ism‘īl y su hermano Ṭawab. Empeñadas estas fuerzas en cruenta batalla, la victoria correspondió a Abū ‘Ubaydah, que derrotó a Ibn Janŷar y a sus aliados, dejando éstos en el campo de la lucha 75 combatientes. huyenlo el resto a las montañas. Este triunfo de Abū ‘Ubaydah le dió nombradía.

La revolución

Producida la revolución, la región de Šadūna — hoy Sidonia — fué la primera que se levantó contra el gobierno central, negándole autoridad legal. Su ejemplo se extendió a las otras regiones peninsulares como Al-azira (Algeciras), Reiyo — hoy Málaga — y Labla — hoy Niebla —, y no tardó en convertirse en una sola llama todo el país. La impotencia del gobierno para reducir los focos de la rebelión que aumentaba cada día, era manifiesta.

La primera revuelta que se inició entre los habitantes de Al-Ŷazira — hoy Algeciras — fué provocada por los bandos contrarios de las tribus del Yemen y de Muḍar, que se atacaron mutuamente en forma encarnada, sangrienta y salvaje, siguiendo el ejemplo bárbaro de las guerras de las épocas anteislámicas. Conquistaron las fortalezas aparentemente inexpugnables, y desde su posición estratégica extendieron su poderío a los lugares circunvecinos.

¹ Ms. Haec tria ultima verba carent punctis diacriticis.

En cuanto al pérfido ‘Umar b. Ḥafsūn, avanzó con sus guerrilleros sobre la fortaleza de Banū Jalid, llamada Al-Famatina. Con sus continuados y cada vez más recios ataques pretendía avasallar el poderío de Banū Jalid y someterlo a su obediencia. Éste, lejos de bajar su cerviz ante el enemigo, reagrupó sus partidarios para la defensa, pidiendo auxilio a su jefe Ŷa‘ad b. Abd al-Gāfir, gobernador del Emir en la provincia de Élvira, quien en persona acudió con sus huestes al lugar del combate. Este refuerzo dió más valor y ánimo a los sitiados, cuya resistencia y fuerza combativa obligaron a ‘Umar a retirarse, haciendo creer a los suyos que lo hacía como signo de paz. Al alejarse el malvado los habitantes se dieron a la tarea de reparar los daños causados por la acción del enemigo, fortificaron los lugares adyacentes y vivieron sin temor como dueños y señores de su comarca.

Durante esta época agitada los habitantes de Ṭurṭūsa solicitaron del Emir ‘Abd Allāh les nombrara un representante suyo para gobernar y cuidar las altas fronteras y defender la causa del Islam. El Emir, accediendo a su pedido, designó en ese mismo año como gobernador de la zona a ‘Abd al-Ḥakam b. Sa‘īd b. ‘Abd Al-Sālim, del clan de Banū Salim, de los habitantes de Elvira.

Durante ese período de revueltas, solicitó ‘Abd al-Raḥmān b. Marwān, conocido por « el gallego » y señor de Baṭalyaws — hoy Badajoz — del Emir ‘Abd Allāh se le confirmase en el registro a su nombre todo lo que tenía en su poder, prometiendo permanecer leal y obediente ; gracia que consiguió del Emir. Y así fué como « el gallego » dejó de molestar al poder central.

Los rebeldes ribereños se dirigieron al Emir ‘Abd Allāh pidiéndole, al ocupar éste el sillón del califato, que confirmara en el cargo a su gobernador, con quien se hallaban conformes, y rogándole les evitara la presencia de otro gobernador y les permitiese fortificar los alrededores de su Alcazaba y ampliar su perímetro, por cuanto la población aumentaba cada día. Estos marinos fueron los que planearon y edificaron la ciudad de Baŷŷāna — hoy Pechina — y la utilizaron como baluarte para defenderse de sus enemigos. Empezaron a edificarla en la época del Emir Muḥammad, padre del Emir ‘Abd Allah.

Accedió éste a la solicitud de los marinos, que sin pérdida de tiempo comenzaron a ensanchar su territorio, llegando a edificar en la región de Pechina veinte ciudadelas, tales como Wādī (Guadix ?), Baŷŷāna (Pechina), Al-Ḥamma (Alhama), Al-Ḥabia (Aljabia), Buršana (Purchena), Ābla (Abla), Banū Ṭariq (Bentarique) la fortaleza de Nišar (Níjar) y otras más que defendieron con extremo celo. Ellos mismos las habitaron junto

con pobladores de diversa procedencia. Población cuyo número aumentó a medida que la tranquilidad se iba extendiendo a los lugares vecinos.

En esa misma época destituyó el Emir ‘Abd Allah de su cargo a su ḥaṣīb (canciller) ‘Abd Al-Raḥmān b. Umaiya b. ‘Īsā b. Sa‘īd, conocido por Dāhīm, reemplazándolo por Sa‘īd b. Muḥammad b. Al-Sālim, con el título de visir. Simultáneamente destituyó a Ḥafṣ del visirato y de la jefatura de la ciudad.

Año 276

En este año destituyó el Emir ‘Abd Allāh a ben Al-Aṣḥab Al-‘Abdi de su puesto del zoco, y en su lugar nombró al faquih Abū Sālih Ayyūb b. Sulaymān. La aceptación de este cargo dió ocasión a una anécdota muy conocida y que tuvo gran trascendencia.

Durante el verano de este mismo año encabezó el Emir ‘Abd Allāh una expedición (aceifa). Se dirigió contra las fortalezas que se apartaron de la obediencia y se unieron a ‘Umar b. Ḥafṣūn. Dirigía las operaciones del Emir su general ‘Abd Al-Malik b. Abd Allāh b. Umaiya.

Luego que redujo y apaciguó dichas fortificaciones, arribó a la fortaleza de Bobastro, asiento del renegado ‘Umar b. Ḥafṣūn, irrumpiendo en sus campiñas y devastándolas. Colocó guarniciones en los fortines conquistados y nombró en la ciudad de Regio como jefe supremo, a Muḥammad b. Zanin, guerrero árabe muy valiente y bien visto por los principales adalides. Luego que hubo limpiado la zona de sus enemigos que la infestaban, volvió el emir a Córdoba, después de haber pasado cuarenta días en su *gázua*.

Mas, apenas creyóse el Emir a cubierto de revueltas y tranquilo en su palacio, el maldito ‘Umar b. Ḥafṣūn volvió a sus andanzas. Se dirigió con sus tropas y máquinas a la región de Écija uniéndose a sus correligionarios disidentes. Se alió con Ausaya, de Takurunnā (Tacorona), y su gente. Avanzó así con sus fuerzas y atacó la fortaleza de Estepa (Iṣṭabba), de la cual se apoderó, expulsando al representante del califa. Seguidamente atacó la fortaleza de Osuna. Frente a una acción militar tan arrolladora, sus partidarios de Écija le llamaron y le entregaron el fuerte, levantándose en armas contra el poder central.

La actitud del rebelde causó gran desagrado en el Emir, que decidió poner fin a este estado anárquico, para lo cual confió a su tío, Al-Mundir, hijo del Emir ‘Abd Al-Raḥman b. Al-Ḥakam, la dirección del ejército que tendría por misión la persecución de los revoltosos. Llegado que hubo Al-Mundir a Sus, recibió el Emir ‘Abd Allah una carta del

audaz sedicioso en la que le pedía clemencia y se disculpaba de sus actos, explicándole los móviles que le indujeron a hacer lo que hizo. En dicha carta Ibn Ḥafṣūn le prometía completa obediencia, le suplicaba tuviera fe en su palabra y le solicitaba que le confirmara en los dominios que tenía a su mando. Llevaron la carta dos hombres de Qurais, que Ibn Ḥafṣūn capturó en Écija.

Después de reflexionar el Emir sobre esta incómoda situación, optó por el mal menor, y para evitar el derramamiento de sangre, aceptó las proposiciones de Ibn Ḥafṣūn, y le envió a Ibrahīm b. Ḥimyar al-Manturī, quien luego de tomarle el juramento de fidelidad, le confirmó en su puesto. De esta suerte y a una orden del Emir 'Abd Allāh dada a su tío Al-Mundir, que comandaba su ejército, levantó éste el asedio a que sometiera a Ibn Ḥafṣūn, trasmitiéndole el « amán » del Emir, que al mismo tiempo le nombraba gobernador de todas las fortificaciones de las regiones occidentales que se habían erigido desde el comienzo de la revolución. Permaneció Ibn Ḥafṣūn leal a su promesa y juramento, pero siempre dispuesto a violarlos y levantarse en armas contra el gobierno de Córdoba.

La insurrección de Sawwār Ben Ḥamdūn al-Qaisī

Dijo 'Īsā b. Aḥmad: En el comienzo del año rompió Sawwar b. Ḥamdūn Al-Qaisī con el Emir, alzándose en armas en la región de Baraḡila de la provincia de Elvira. Se unieron a él los clanes árabes de esta provincia, y los de Jaén, Regio y otros distritos más, después que las diferencias tribales cobraron significación y comenzaron las revueltas y rivalidades a extenderse en todas partes. En cuanto a la jefatura del mando la confirieron los rivales árabes a Sawwar, porque éste era amigo de Yaḥyā b. Saqāla, el primer disidente que condujo a la sedición a los Baraḡilas, sobre quienes tenía gran ascendiente. Su acción contra los muladíes y los cristianos fué devastadora. Empero, pactó con los habitantes de la ciudad de Elvira que pertenecían a la causa de los muladíes y de los neutrales. El pacto fué ratificado por ambas partes con juramentos solemnes. lo que hizo que ben Saqala confiara en esos aliados, de cuya lealtad se creía seguro, por lo cual venía con frecuencia a Elvira, y permanecía en ella mucho tiempo. Entretanto la gente de esta ciudad esperaba la ocasión para perderlo y lo vigilaba constantemente. En una de sus visitas le prepararon una emboscada y lo asesinaron. Entonces los amigos y adictos a la causa de Ibn Saqāla confiaron el mando a ben Sawwar, que era un caballero valiente y apuesto y que es-

peraban habría de vengar la muerte de su compañero de tribu, asesinado cobardemente. Aumentaron día a día sus adictos entre los árabes y su poder e influencia cobraron mayor fuerza y vigor. Su gente se sentía protegida y aguardaba impaciente el desquite. Un día reunió ben Sawwār sus guerreros y a la cabeza de ellos salió al asalto del castillo de Monte Sacro, cuyas huestes defensoras se componían de muladíes y de renegados, amigos de los rebeldes Nabil y Šamis, ya citados en el caso de ‘Ubayd Allah b. Muḥammad b. Abū ‘Abda. Después de arengar a sus tropas, compuestas únicamente de guerreros árabes, cargó sobre la fortaleza y la tomó por asalto, apoderándose de ella. Nabil, que había quitado este castillo a Yaḥya b. Saqila, huyó en el fragor de la lucha. Sin dar tregua a sus enemigos, atacó Sawwar las fortalezas de los renegados, apoderándose de ellas una tras otra, pasando a cuchillo a sus defensores y a todo enemigo que caía en sus manos. Fué una guerra sin cuartel, que proporcionó a Sawwar un botín cuantioso. En esa batalla su acción bélica fué tan implacable y terrible, que terminó con el total exterminio de sus contrarios.

Orgullosa y sintiéndose fuerte, Sawwar se empeñó en una campaña sin cuartel e inmoló víctimas a los manes de su hermano de sangre y de clan, dominado por la sed de venganza y por una pasión de exterminio implacable. Esta acción bélica y feroz desesperó a los muladíes y cristianos de Castalba — a la sazón capital de Elvira — que se aliaron contra él. Salieron en son de guerra acaudillados por Ya‘ad b. ‘Abd al-Ġāfir, del clan de Jalid, gobernador del Emir, a quien, a cambio de obediencia al poder central, le pidieron apoyo contra Sawwar, y protección de su *gázuas*. El ejército que salió a combatir y enfrentarse con Sawwār era muy numeroso, mas éste, sin desalentarse, se presentó en el campo de batalla con sus aguerridos hombres, trabándose ambos ejércitos en una cruenta lucha cuerpo a cuerpo. Sawwar abrió brechas e hizo estragos en las filas del enemigo, que, ante sus cargas mortíferas, se disgregó y huyó campo afuera. Espadas, lanzas y flechas de los hombres de Sawwār dieron cuenta del ejército derrotado, que, en su fuga, dejó en el campo de batalla siete mil muertos y prisionero a Ya‘ad, su adalid. Sawwār libertó a éste, mas dicese también que fué rescatado a cambio de los soldados prisioneros y de los rehenes que Ya‘ad tenía en su poder. Esta batalla fué conocida con el nombre de « batalla de Ya‘ad ».

Sawwār, ebrio de gloria ante tan magistral triunfo, reanudó sus ataques y asaltos, conquistó nuevas comarcas y ensanchó su dominio fijando su cuartel en el castillo de Granada, cerca de Elvira. Todos los árabes, desde esa región hasta los límites de Calatrava se aliaron con él en

contra de los muladíes y le escribieron para manifestarle su regocijo y su adhesión incondicional. Desde entonces el nombre de Sawwār empezó a cobrar fama y a extenderse a lejanas tierras. Sintiendo su mano de hierro, sus enemigos, acorralados y en situación angustiosa, se dirigieron al Emir implorando su protección; le rogaron que interviniera y les salvara del terrible Sawwār. El Emir le ofreció participación en el gobierno de esa provincia a condición de que volviera a la obediencia y dejara en paz a los españoles. Sawwār, por respeto a la autoridad del Emir, aceptó sus propuestas y firmó una alianza con los españoles, que se mostraron sumisos, haciéndole juramento solemne de ser leales y adictos.

Firmado el pacto de paz entre Sawwār y los españoles la guerra cesó y volvió a reinar la tranquilidad entre los enconados contendientes, que empezaron a disfrutar los beneficios de la paz y del sosiego.

Los triunfos de Sawwār sobre sus enemigos, los muladíes, le enorgullecieron, e hicieron que se jactara de sí mismo y se vanagloriara de su tribu Qais. A propósito de este autoelogio, se recitaba por ese entonces una poesía muy larga que empieza así :

Las doncellas, oh Hunaid,
Rehusan ya mi amor,
Desde que mis cabellos
Y mi cabeza encanecieron

Y me miran ya, oh Hunaid,
Con desdén, alejándose de mí
Las que antes venían
En busca de mi amor.

Esta poesía está cargada de vanidad y presunción.

Seguidamente el Emir ‘Abd Allah destituyó a Ya‘ād ben ‘Abd Al-Gāfir de su cargo de gobernador de la provincia de Elvira para confirmar a Sawwār; y en su lugar nombró a ‘Umar b. ‘Abd Allah b. Jalid para que en compañía de Sawwār y con su participación administrase los asuntos de la religión. La actitud del Emir determinó la formal lealtad y obediencia de Sawwār, que, tras poco tiempo de sosiego, atacó los castillos de los aliados de Ben Hafṣūn, causando estragos en sus filas. Los habitantes de Elvira, ante los ataques de Sawwār a sus compatriotas, se sublevaron, rompieron su pacto con él, y por un sentimiento nacional, volvieron a empuñar juntos las armas, alistándose para enfrentarlo. Acudieron a su llamado dispuestos a combatir todos los moradores de la provincia, en tan elevado número que pasaban de veinte mil los gue-

rreros que avanzaron contra el castillo de Granada. Pese a tan crecido contingente, Sawwār se presentó con un ejército muy reducido, acompañado de jóvenes aguerridos de la aristocracia árabe de Elvira. Una parte del ejército español avanzó dispuesto a trabarse en batalla decisiva, mientras, obedeciendo órdenes del mando general, otra parte, a retaguardia, acampó en una colina, en las cercanías de Granada, al este de esta fortaleza. Fué una estrategia para infundir temor en el ánimo de los sitiados y amedrentarlos con la vista de un ejército bien equipado y muy numeroso. En un abrir y cerrar de ojos ambos ejércitos se vieron confundidos en infernal batalla, que los mismos españoles habían buscado y que se libró cerca de la puerta del este de Granada que era la llave de la fortaleza. Sawwār, que había salido por dicha puerta para cargar contra sus atacantes, en el furor del combate se deslizó con su caballería selecta y atacó con movimiento envolvente la retaguardia enemiga. Al izar su estandarte arengó a sus jinetes y con ellos se lanzó cual demonio salido del corazón de la tierra, hostigándola por doquier. La táctica de Sawwār dió excelente resultado, pues el empuje feroz de su caballería y el estrago causado por sus lanzas y espadas provocó en las filas españolas espanto y terror. El desbande fué total y toda la retaguardia huyó, buscando refugio en las filas del segundo ejército, que combatía en la Puerta de Granada. Creyó entonces el mando español que grandes refuerzos habían acudido en socorro de Sawwār, y ordenó la retirada que luego degeneró en fuga y desorden sin igual. Les persiguió Sawwār con su ejército y sus lanzas y espadas dieron cuenta del enemigo sin darle tregua ni cuartel. Dícese que los muertos de esta batalla alcanzaron a doce mil. Esta fué la segunda batalla de Sawwār, conocida con el nombre de « la batalla de Al-Madina ». La inmortalizó en una poesía Sa'īd b. Ya'udi al-Saadi, amigo de Sawwār y su sucesor entre los árabes. Entre otras cosas, dice el poeta :

Dicen los Banū Al-Ĥambra :

Cuando nuestra ala remonte su vuelo

Tormentos os hará gustar,

Llevandoos castigos y congoja

Que vuestros castillos no podrán evitar.

Lluvias de muerte cayeron sobre vosotros ;

Acompañadas de truenos y relámpagos,

Y nuestras espadas segaban vuestros ejércitos,

Que sucumbían cual espigas entregadas a la hoz.

Cuando nos vieron avanzar en busca de sus guerreros

Huyeron de prisa buscando salvación

de las puntas de nuestras flechas ;
 mas no lograron que nuestras lanzas
 no hicieran estragos en sus espaldas ;
 pues eran tantas y tan relucientes,
 que lanzas y espadas semejaban catarata
 que bullente cae sin cesar.

Del enemigo sólo quedó
 el caído cargado de cadenas
 y el fugitivo a quien la tierra
 se le hacía en su carrera
 muy estrecha y muy pequeña.

En nosotros ya habéis visto
 el blandir de nuestras cimitarras.
 En nuestro clan de Banū 'Adnān
 hay jóvenes bizarros y valientes
 para la guerra,
 y en el clan de Qahtan
 guerreros más fuertes que las rocas.

Los conduce un león bravo.
 que enciende la guerra
 siendo después el primero
 en arrojarse a la hoguera
 y atizarla.

De la más ilustre alcurnia de Qais
 es su tronco.
 Aquél en que desde el remoto tiempo
 Alzaba gloriosamente su copa
 todo hombre magnánimo.

Leal, de estirpe pura.
 De origen sin mácula y vasta cultura.
 Su rostro es Qaisi, que se distingue
 por su celo y arrojo en defensa
 de la buena religión.

Sawwār blandió su espada
 contra vosotros, enemigos de Alah,
 espada con la cual tronchaba las cabezas
 cual la segur del labrador.
 De él se sirvió Dios para exterminar
 al impostor y apóstata de nuestra religión.
 Una guerra habéis querido
 que se os volvió mortífera y funesta,

porque Dios sentenció en ella
vuestro rápido exterminio.

Es un poema largo. Esta misma batalla fué recordada por Sa'īd en otros versos de entre los cuales entresacamos los siguientes :

Sólo bastó una hora
para verlos en el campo de batalla
como gavillas de mies
caídas en el campo de la siega.

Otra poesía extensa de Sa'īd b. Ḥāudi, compuesta en honor de Sawwār b. Ḥamdun, hace mención a la primera batalla de este guerrero en contra de los habitantes de Elvira, a la captura de Ya'ād b. 'Abd Al-Gāfir, representante del Emir 'Abd Allah y a la venganza de Sawwār por la muerte de Yahyā b. Saqāla, el emir de su clan. De dicha poesía extractamos los siguientes versos :

Salimos en busca de desquite
y venganza.
De vosotros matamos a todo
apóstata y hereje.
Os hemos ultimado para vengar
a nuestro Yahyā,
y porque Dios así lo ha querido.
Hijos de esclavos, habéis provocado
e irritado a leones
que no son perezosos
para vengar a sus muertos.
Sufrid, pues, el fuego de esta guerra
y sus flameantes espadas.
La habéis buscado vosotros
por torcidos caminos,
y ahora la muerte estáis bebiendo
en su cáliz amargo.
Contra vosotros marcha
un caballero noble y guerrero,
encabezando una pléyade de jóvenes
que son como bravos leones.
Un ilustre adalid
que encaminóse a la gloria
y en ella superó
el nombre de cualquier otro.

De sus antepasados
 fama y gloria heredó.
 Es un león de Nizar, en prosapia y cultura.
 Es un caudillo como no lo es ninguno.
 Que sabe vengar a sus hermanos
 de sangre noble y de magnánima alcurnia;
 que fueron ultimados porque fiaron
 en los juramentos de los hombres.
 Y los ha vengado sin dejar en la Al-Ĥambra¹
 nada más que inválidos y hombres encadenados.
 Hemos matado millares de enemigos,
 mas todos ellos no valen
 la vida de uno solo de nuestros nobles.

Asesinaron a Yahyā
 cuando era su huésped,
 acto criminal y cobarde
 de gente descarriada.

Diéronle muerte esclavos depravados,
 y los actos de los esclavos
 son siempre repudiables.

Su crimen, acto desdichado,
 cometido fué por causa
 de su desvío y su ceguera.
 Traición de villanos,
 hijos de villanos,
 que no supieron ser leales
 a sus pactos y juramentos.

Yahyā nunca fué cobarde
 ni la muerte temía.
 Por el pánico que su valor inspiraba
 fué cobardemente traicionado.
 En él se reunían el coraje, la piedad,
 la clemencia
 y la generosidad sin par.

Que Alah te premie, oh Yahyā,
 con el Paraíso
 donde los mártires
 son allí recibidos!

(Continuará.)

JOSÉ E. GURÁIEB.

¹ Nombre de la Alhambra, el célebre castillo de Granada.